

PG3464

-55

F6



FONDO
RODRIGO DE LLANO

Barcelona.—Imp. de la Casa Editorial Maucci

TOMÁS GORDEIEFF

I

Hace unos sesenta años, en el momento en que los comerciantes que traficaban por el Volga realizaban tan rápidamente fortunas considerables, trabajaba á bordo de uno de los barcos pertenecientes al rico Zaeff un muchacho, Ignat Gordeieff, simple maniobrista, encargado de sacar el agua de la cala.

De una estatura colosal, bello, inteligente, era uno de esos hombres que no emprenden nada sin éxito, no por laboriosidad y dotes especiales, sino porque en su marcha hacia el fin señalado van empujados por tan poderosa energía, que no saben ni pueden detenerse, para deliberar sobre los medios que deben emplearse.

A veces, esos hombres hablan con terror de su conciencia y se sienten atormentados por escrúpulos sincerísimos, pero la conciencia es una fuerza que no doma sino á los débiles. Los fuertes se hacen

pronto dueños de ella y la esclavizan á sus deseos. Instintivamente comprenden que, dejándole libertad y espacio, quebrantarían sus vidas.

Así le sacrifican algunos días, mas si llega por instantes á dominar su alma, no logra ella nunca humillarlos bajo su yugo; su vida queda tan fuerte, tan sana, tan intacta como antes.

A la edad de cuarenta años, Ignat Gordeieff poseía ya tres barcos de vapor y una docena de lanchones.

Gozaba, en el Volga, de gran consideración, debida á su inteligencia tanto como á su riqueza; á pesar de ello, se le llamaba el «Chiflado», pues su vida no tenía el curso uniforme y regular de la de los otros hombres; á veces hervía rebelde y se lanzaba fuera del camino trazado, extraño á la ganancia, único objeto de la existencia de ese hombre.

Había como tres Gordeieff, ó mejor, había como tres almas en él.

Una de ellas, la más potente, sólo era más ávida. Cuando Ignat vivía sometido á sus aspiraciones, era simplemente un hombre poseído de una pasión ardorosa por el trabajo.

Esta pasión le dominaba día y noche y le llenaba por completo. Recogía entonces cientos y miles de rublos y parecía que no podía saciarse del roce de sus billetes y de su oro.

Ignat corría sin tregua ni reposo, de un extremo á otro del Volga, disponiendo sus redes de pescar oro; acaparaba el trigo de las aldeas, lo transportaba á Ribinsk sobre sus lanchas, robaba, engañaba, unas veces sin notarlo siquiera, otras conscientemente; en este último caso se burlaba á menudo de sus víctimas, y llegaba entonces á lo sublime—en esa locura de la ganancia.

Con todo y darse en cuerpo y alma á esa caza del rublo, no era avaro en el sentido estrecho del

vocablo. Mostraba á menudo un desinterés incomprendible, pero muy sincero.

Estaba un día en la orilla del río, y miraba su nueva lancha de cuarenta y cinco varas, rota por los hielos, que la apretaban contra la ribera escarpada.

—¡Bien hecho! ¡Vamos! Aprieta más... aplasta... ¡vamos! ¡otra vez!... murmuraba entre dientes.

—Y bien, Ignat, le preguntó su camarada Maia-kin, aproximándose, son algunos miles de rublos que le saca el hielo del bolsillo.

—Eso es nada; volveremos á ganar cien mil. Mire como se estremece el Volga, ¿eh? ¡Es soberbio! Nuestro padre, el río, puede revolver la tierra, como un queso con un cuchillo... ¡mira, mira! Ve mi *Boyarinia*... No ha navegado más que una sola vez... ¡Y bien, le diremos una misa de adiós!

El barco fué reducido á migajas.

Ignat y su compañero, sentados en una taberna, bebían aguardiente, mirando por la ventana los restos de la *Boyarinia*, que el río llevaba entre los hielos.

—¿Lamentas tu barquilla, Ignat? le preguntó Maia-kin.

—¿Por qué lamentarlo? El Volga lo dió, el Volga lo quitó... No es un brazo lo que me han arrancado...

—¡Sin embargo!...

—¡Eh! ¿cómo sin embargo?... Estoy contento de haber visto cómo ha ocurrido todo ello. Es una lección para el porvenir...

—Entonces, ¿no lo has sentido, de veras?

—¿El barco?... el barco... lo he sentido, en efecto... Pero, en el fondo, el pesar no es sino una tontería. ¿Qué sentido tiene eso? Llorad si queréis. Las lágrimas no apagan el incendio. ¡Qué importa! ¡Los barcos pueden quemarse! ¡y que todo se quemé! ¡Me burlo de ello! Con tal que el alma guarde el fuego

sagrado del trabajo... todo será edificado de nuevo. ¿No es cierto?

—Sí, respondió Maiakín, sonriendo, dices fuertes pensamientos... Quien habla así, puede ser despojado hasta de su camisa y ser siempre rico.

Bien que arrostrara con filosofía la pérdida de su dinero, Ignat sabía el precio de cada kopek.

Hacia limosna rara vez y no daba más que á los absolutamente incapaces de trabajar. Si un mendigo todavía con alguna fuerza le pedía, decíale severamente:

—¡Sigue tu camino! Puedes aún trabajar. ¡Mira! Ahí está mi jardinero. Ayúdale á recoger la basura y te daré unos kopeks...

En esos periodos de pasión por el trabajo, era rudo é implacable en sus relaciones con los hombres, y no se daba punto de reposo en la persecución del rublo.

Después, de repente, y esto sucedía generalmente en la primavera, cuando un encanto de belleza transfigura la tierra, y que del cielo ruso parecen descender acariciantes insinuaciones,—Ignat tenía el sentimiento de no ser ya dueño de sus asuntos, sino su vil esclavo.

Se volvía pensativo; bajo sus espesas cejas fruncidas lanzaba miradas escrutadoras á su rededor, pasaba días enteros, perezoso y huraño, como si algún deseo secreto le atormentase, sin que osara expresarlo abiertamente. Otra alma se despertaba en él, el alma furiosa y lasciva de la bestia, exasperada por la privación. Insolente con todo el mundo, cínico, bebía, llevaba una vida desarreglada, embriagaba á sus compañeros; era el delirio. Como si un volcán de lodo hubiese hecho erupción en él, parecía que, impotente para romper las cadenas que llevaba, y que se había remachado él mismo, trataba de rechazarlas.

Despeinado, sucio, con las facciones abotagadas

por el insomnio y la borrachera, los ojos saltones, enormes, aullando con voz ronca, iba á la ciudad, de suburbio en suburbio, tiraba el dinero sin contarlo, lloraba escuchando los ritmos melancólicos de los aires populares, bailaba, golpeaba, sin saber á quién, sin que nada sirviese á calmarle.

Un día que se encontraba en compañía de otros borrachos, un sacerdote sin escrúpulos vino á pegarse á ellos, como una pelota de barro se pega al calzado.

Era un hombrecillo grueso, calvo, vestido con una sotana agujereada. Sér impersonal, grotesco y feo, que servía de bufón: embadurnaba de mostaza su cráneo desnudo; se le hacía andar á gatas, se le obligaba á beber una mezcla de diferentes clases de aguardientes, á bailar danzas obscenas. Todo esto lo ejecutaba en silencio, con una sonrisa idiota en los labios; é invariablemente tendía la palma de la mano, diciendo: «Dad un rublo...»

Estallaban en risas; algunas veces se le daban 20 kopeks; otras se le echaban diez rublos y aun más; otras no se le daba nada.

—Es usted una basura; ¡vamos! dínos lo que eres.

El cura, asustado de este apóstrofe, se callaba, saludando en silencio á Ignat.

—¡Vamos, dínos lo que eres! aullaba Ignat.

—Soy aquel á quien se injuria, respondía el sacerdote.

Y toda la banda soltaba la carcajada.

—¡Eres un miserable! dijo Ignat, con aire amenazador.

—Soy un miserable... por necesidad, por debilidad de alma.

—Ven aquí, repuso Ignat, ven, ven, siéntate cerca de mí...

Temblando de terror, el paso vacilante, el cura se aproximó al comerciante borracho y se detuvo delante de él.

—Siéntate á mi lado, continuaba Ignat.
Y, cogiéndole de la mano, le obligó á sentarse.
—Tú y yo tenemos algo de común... Yo también soy un miserable. Tú lo eres por necesidad; yo por depravación... ¡Yo soy un miserable por aburrimiento!... ¿Has comprendido?
—Comprendido, dijo dulcemente el cura.
Entonces hubo una alegría general.
—¿Sabes ahora quién soy?
—Sé...
—Y bien, repítelo: «¡Usted, Ignat, es un miserable!»
Pero el cura no podía.
Miraba con espanto la enorme talla de Ignat y movía negativamente la cabeza.
Un reír loco, parecido al zumbido del trueno, salió de la concurrencia. Ignat no insistió en hacerse injuriar por el cura.
Entonces le preguntó:
—¿Debo darte dinero?
—¡Dadme! dijo el cura, levantándose.
—¿Qué harás de él?
No respondió.
Entonces Ignat, cogiéndole por el cuello, le sacudió é hizo escapar de su boca inmunda estas palabras, pronunciadas con terror, dulcemente, casi tartamudeando:
—Tengo una hija, una hija... dieciséis años... en un establecimiento religioso. Para ella... amontoño... pues cuando salga... no tendrá ni con que ocultar su desnudez...
—¡Ah!... exclamó Ignat.
Y le soltó.
Quedó largo tiempo pensativo, sombrío, observando al cura.
Después, con ojos alegres, repuso:
—¿Mientes, verdad, borracho?

El cura, silenciosamente, hizo la señal de la cruz y dejó caer la cabeza sobre su pecho.
—Es verdad; tiene una, afirmó uno de la banda.
—¿Tiene una? ¡Está bien! gritó Ignat.
Y, dando un puñetazo en la tabla, se volvió hacia el cura:
—Escucha... Véndeme tu hija... ¿Cuánto me pides?
Un estremecimiento agitó al desdichado; sacudió la cabeza.
—¡Mil rublos!
Todos reían, viendo temblar al cura, como bajo una ducha de agua fría.
—¡Dos mill! aullaba Ignat, con los ojos chispeantes.
—¿Qué tiene usted?... ¿Cómo puede ser eso?... balbuceaba el cura, tendiendo sus dos manos hacia Ignat.
—¡Tres mill!
—¡Ignat Matveitch! exclamó con voz segura y vibrante: ¡En el nombre de Dios, nuestro Señor... En el nombre de Cristo! ya basta... ¡Yo la vendería por ella misma! ¡Yo la vendería!
Había como una amenaza en estos gritos dolorosamente agudos, y sus ojos apagados, insignificantes hasta entonces, brillaron, como un tizón en la noche.
El corro de borrachos reía locamente.
—¡Silencio! gritó con rabia Ignat.
Irguió su alta talla, frunció el ceño:
—¡No comprendéis, grandísimos tunos, de lo que se trata! ¡Se debe llorar y reír!...
Se aproximó al cura, se arrodilló ante él y le dijo con firmeza:
— ¡Cura! Ahora acabas de ver lo miserable que soy; pues bien, escúpeme en la cara.
Pasó entonces algo de repugnante y ridículo: el cura se arrojó á su vez á los pies de Ignat, y como

BIBLIOTECA "RODRIGO DE LLANO"

SECCION DE ESTUDIOS HISTORICOS DE LA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

una enorme tortuga, se arrastraba á su alrededor, besando sus rodillas, balbuceando palabras incomprendibles, sollozando.

Ignat, inclinado sobre él, le levantó del suelo y le gritó, en tono imperioso y suplicante:

—¡Anda! ¡Escupe!... Apunta bien á mis innobles ojos.

En un momento, toda esta banda había quedado estupefacta por el grito severo de Ignat, pero volvió á reír de nuevo y de tal modo que los cristales de la taberna temblaron.

—¡Te doy cien rublos... escupe!

Pero el cura se arrastraba por el suelo llorando de miedo ó de dicha, viendo á este hombre exigir así de él su propia humillación.

Por último Ignat se levantó.

Con el pie rechazó al cura y le arrojó al rostro un fajo de billetes, diciendo con tono sombrío y una sonrisa ligera:

—¡Granuja!... ¿Acaso un hombre puede hacer penitencia delante de tales gentes? Los unos temen oír la confesión, los otros se burlan del pecador... ¡Y yo, que era tan sincero! estaba conmovido hasta las entrañas. ¡Vamos á ver! me decía yo. Y realmente no pensaba en nada... ¡Así es!... ¡Vete pronto, desaparece! y que no te vuelva á ver, ¿entiendes?

—¡Oh! ¡qué original!... decían sus compañeros enternecidos.

En la ciudad corrían leyendas á causa de sus orgías; todo el mundo las condenaba severamente; pero jamás hubo alguien que rehusase participar de ellas.

Llevaba esta existencia durante semanas y después volvía á su casa, aun impregnado del olor de los tugurios, abatido y dulce. Los ojos bajos humildemente, apagados por la vergüenza, escuchaba en silencio los regaños de su mujer; tranquilo y estúpi-

do, como un cordero, entraba en su cuarto y se encerraba. Permanecía durante varias horas arrodillado ante las imágenes santas, la cabeza inclinada sobre el pecho, los brazos colgando, inertes, la espalda encorvada y se callaba, como si no osase rezar. De puntillas su mujer se aproximaba á la puerta y escuchaba. Profundos suspiros partían de la habitación, como el resoplido de un caballo fatigado y que sufre.

—¡Señor! tu ves... balbuceaba sordamente Ignat, golpeando con fuerza su ancho pecho con la palma de su manaza.

Durante estos días de penitencia, no bebía más que agua y no comía sino pan de centeno. Por la mañana su mujer ponía á la puerta una libra de pan y sal; lo cogía el mismo y se volvía á encerrar.

Por nada del mundo hubiera podido molestársele durante estos destierros.

Al cabo de algunos días aparecía en la Bolsa, bromeaba y contratava grandes cantidades de trigo, con la misma penetrante mirada de ave de rapaña y la misma práctica de negocios.

Pero, en las fases diversas de su vida, un solo deseo apasionado le perseguía, el de tener un hijo: y cuánto más envejecía, más le desesperaba este deseo.

La misma conversación se sostenía á menudo entre su mujer y él. Por la mañana, tomando el té, ó bien al medio día, durante la comida, miraba sombríamente á su mujer, criatura delicada, con semblante de rosa y ojos soñadores, y le preguntaba:

—Qué tal... ¿no sientes nada?...

Ella sabía perfectamente lo que él quería decir, pero respondía invariablemente:

—¿Cómo no he de sentir? Mira tus puños; son como mazas...

—¡Hablo de tu vientre, imbécil!